

CONFERENCIA

DESARROLLO Y ESTABILIDAD UNA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA

Pablo Baraona Urzúa

En estas páginas se examina el devenir de la economía chilena en este siglo, a la luz de la influencia decisiva que han ejercido sobre ella tres corrientes principales de pensamiento en el mundo.

En una primera parte, el análisis recae en la gravitación de dos figuras capitales: Marx y Keynes. Respecto del primero, se subraya la penetración en Chile de sus proposiciones, a partir especialmente de 1930, y sus consiguientes efectos. En relación a Keynes, se destaca su aporte a la ciencia económica y se advierte que sus intérpretes en América Latina hicieron una lectura equivocada de sus planteamientos, en particular al incorporar indebidamente al tema del desarrollo muchos de los conceptos provenientes de su estudio de las crisis y ciclos económicos, razón por la cual las políticas de corte keynesiano en la región habrían de adquirir un sesgo inflacionario.

En la segunda parte se reseñan las principales ideas de la renovación del pensamiento económico en el país, subrayándose la incorporación de éstas en las escuelas universitarias y su acogida y aplicación en el gobierno del general Pinochet.

PABLO BARAONA URZÚA. Rector de la Universidad Finis Terrae. Ha sido Ministro de Economía, Ministro de Minería y Presidente del Banco Central. Consejero del Centro de Estudios Públicos.

La historia más reciente de Chile, especialmente de la última mitad del siglo XX, es pródiga en problemas económicos graves: crecimiento bajo, con fluctuaciones pronunciadas y frecuentes, y una inflación que acompaña al país como la más íntima amiga desde los años cuarenta. Cabe preguntarse por la razón de un desempeño tan mediocre, que aparentemente contradice los conocimientos económicos que están en los libros y la calidad de las clases dirigentes del país.

La hipótesis

La conclusión provisional que explicaría este pobre desempeño estaría fundada en uno o varios de tres factores importantes: a) ignorancia sobre el funcionamiento de una organización económica de mercado; b) una estructura sociopolítica que llevaba fatalmente a un desempeño mediocre, y c) la búsqueda intencionada de crisis que llevaran al cambio del sistema por otro estatista, centralizado y socialista, más justo y eficiente a juicio de muchos.

a) Que de economía nunca han sabido en el país; que el desempeño mediocre de nuestra organización económica se debe a gran ignorancia; que la inflación es tan alta porque no se sabe por qué se produce; que las fluctuaciones económicas son tan altas porque no se sabe cómo evitarlas y que el crecimiento es tan bajo por alguna fatalidad: sequías y terremotos, el imperialismo, la flojera de los chilenos y su tendencia a ser especuladores, etc. Todas ellas serían afirmaciones plausibles. La verdad es que habría motivo para pensar que esa es la razón de nuestros males.

En algunos textos de los años treinta a cincuenta se encuentran párrafos e incluso libros completos que sugieren que había muy poca gente que entendiera cómo funciona la economía de mercado, o cómo enfrentar los problemas que ella iba presentando.

Así, por ejemplo, hay un texto del año 1939 que reproduce debates en la Cámara de Diputados y en el Senado —poco después del terremoto de Chillán— sobre un proyecto de ley del Ministro de la época, llamado Roberto Wacholz, radical, que crea la Corporación de Auxilio y Reconstrucción para la zona afectada y la Corporación de Fomento de la Producción, actual Corfo.

En ese debate, en el que participan personas muy calificadas de todos los partidos, llama la atención —y puede servir de base para confirmar aquello de que en la ignorancia puede haber parte de la explicación del mal desempeño del país— que el financiamiento principal que se da a la Corfo provenga de

bonos emitidos por el Estado y comprados por los bancos, obligatoriamente, con su encaje. Sólo dos, de las tantas personas que intervinieron en el debate en aquella época, dijeron que obtener recursos del encaje era una ilusión. Los demás parlamentarios no se daban cuenta que ésta era una simple emisión de dinero. Probablemente se puede reconocer en este hecho un impulso vigoroso a la inflación que hemos tenido desde comienzos de los años cuarenta.

Pero hay más elementos para pensar que la ignorancia jugó un papel en la historia chilena del siglo XX. Un texto —memoria de un hombre público distinguido que actuó entre los años veinte y sesenta en la política chilena en forma muy activa— de don Arturo Olavarría Bravo, que se llama *Chile entre dos Alessandri* (se refería a don Arturo en los años 1920 y 1932 y a don Jorge hasta el año 1964) nos dice que para él, que debía tomar decisiones políticas todos los días, la inflación era exclusiva culpa del Ministro de Economía que firmaba los decretos de alzas de precios. Olavarría decía que si hay un tipo de débil carácter sentado en el Ministerio de Economía que firma decretos de alza (cuando la mayor parte de los precios estaban fijados), la inflación era, entonces, de su culpa exclusiva.

Hay, sin duda, en estos textos y en otros, base para atribuir a la ignorancia una parte del pobre desempeño de la economía chilena en el siglo.

b) Un segundo factor, que puede haber influido en el desempeño de la economía chilena, consiste en la generación de una organización sociopolítica tal que hacía que ciertos problemas —conociendo de verdad su solución: la inflación, las grandes fluctuaciones económicas, el estatismo exagerado, el proteccionismo— permanecieran, o se acentuaran, y no se arreglaran. La razón de esta coexistencia de la enfermedad con el remedio estaría en ciertas fallas de la estructura sociopolítica, que hacía que aun las personas mejor intencionadas y más lúcidas, teniendo que tomar una decisión, se vieran forzadas, por la presión política, a tomar la incorrecta o equivocada.

Durante mucho tiempo se ha sostenido que la inflación es un problema esencialmente político. Creo que sigue siéndolo. Ya en los años cincuenta estaba desprestigiada la idea de que la inflación era buena, que creaba incentivos económicos y que el crecimiento era mayor con ella que sin ella, cosa que estuvo de moda en los años cuarenta en Chile. Ya en los años cincuenta era opinión unánime de economistas y políticos que la inflación era una enfermedad grave. Sin embargo, subsistió y creció en Chile entre los años 50 y 73. Aún subsiste en alguna medida.

Cabe preguntarse ¿por qué? Los partidos políticos y las instancias gubernamentales sabían que la inflación es un problema esencialmente monetario que consiste en la pérdida de valor del dinero. Sin embargo, continuaba.

La hipótesis es que puede deberse a problemas en la estructura sociopolítica que hacen a los gobiernos optar durante muchos años entre dos males y elegir el menor. Por ejemplo: tener desempleo alto o inflación; huelgas o inflación; crisis en balanza de pagos o inflación, etc.

Si la fuerza sindical en algunos sectores es poderosa y difícil de resistir, ésta puede conseguir reajustes de salario más allá de lo compatible con el pleno empleo; en ese caso, la forma de llevar la economía a una situación mejor es a través de una política de mayor gasto que reduzca los salarios reales en un determinado monto, iniciando un ciclo de reajustes sobre la base de la inflación pasada.

En el campo del presupuesto público se pueden encontrar otros ejemplos demostrativos de la inflación como problema político. Siempre es más fácil aumentar el gasto que los impuestos porque los beneficios de un nuevo gasto público están concentrados y son conocidos; los perjuicios de mayores impuestos —incluido el impuesto inflación— son más diluidos y desconocidos. Se crea así un problema de déficit fiscal financiado con dinero nuevo, difícil de resolver. De la inflación, por ejemplo, se puede culpar a muchos factores, como de hecho se hizo: monopolios, comerciantes inescrupulosos, etc., especialmente cuando es políticamente imposible controlarla.

En el año 1966, siendo Presidente de la República don Eduardo Frei, el país había tenido un par de años económicos buenos desde el punto de vista internacional (precio del cobre, tasa de interés, etc.), además, tenía gente competente manejando la economía como Carlos Massad, presidente del Banco Central; Jorge Cauas, vicepresidente del Banco Central; Sergio Molina, Ministro de Hacienda, y otros. Una de las políticas en que se ponía extremo cuidado en esa época era en la de remuneraciones.

El mapa político era complicado en Chile en esos años: Un Partido Comunista muy activo, especialmente en los sindicatos, y un gobierno muy involucrado tanto en la solución de los conflictos laborales como en la fijación de los precios. Hubo una huelga muy grande en la fábrica Cemento Melón, en La Calera, que era "la" empresa cementera de Chile. En consecuencia, la huelga paralizaba muchas actividades, como la construcción, además de las propias de la empresa. El equipo económico de gobierno estaba firme, diciendo que había una política de remuneraciones que debía respetarse. Cemento Melón era un monopolio interno, con precios fijados, con protección aduanera alta, trilogía prevalente en muchas industrias de la época. La fuerza del movimiento sindical era, pues, muy alta, y entraba en conflicto con el plan de estabilización económica del gobierno. En plena huelga aparece en escena el ala política del gobierno y el Ministro del Interior de la época corta el nudo, yendo él a La Calera a arreglar el problema; lo arregla, termina con la huelga y

con un plan económico que podría haber tenido bastante éxito. Después, otros sindicatos continuaron forzando la situación hasta conseguir remuneraciones más altas; por lo tanto, para mantener la economía más o menos caminando y sin fricciones muy grandes, el gobierno hubo de renunciar a una tasa de inflación substancialmente más baja.

Otro caso ilustrativo del punto: en esa época, a los trabajadores de Ferrocarriles del Estado se les utilizaba para probar a los gobiernos de turno. Recordemos que no había carretera longitudinal en esos años y que el único medio de transporte importante era el ferrocarril. Una paralización de ferrocarriles era una paralización del país, porque regiones completas quedaban sin trigo, harina, carne, bencina, etc. Ferrocarriles era una empresa grande, bien organizada, con una gran conciencia política en sus gremios. Una huelga allí era un arma poderosa para negociar, conseguir beneficios y dar una indicación sobre cuánto se debían o podrían reajustar los salarios de las grandes empresas monopólicas del país. Toda la estructura económica hacía que las huelgas en empresas como las citadas fuesen bastante frecuentes con muy buenos resultados para sus trabajadores.

Algunos funcionarios de la empresa se quedaron hasta 1991 con esta historia, bastante vieja. Hubo una huelga de ferrocarriles: en el país no pasó absolutamente nada, nadie se percató de ella. ¿Qué había cambiado?: lo que hemos llamado estructura sociopolítica del país.

Estos casos pueden servir para ilustrar las fallas en la organización social que explicarían el mediocre desempeño de la economía en el siglo. Un desajuste de la organización social tal que el mejor intencionado y conocedor de los gobiernos podía hacer poco, a pesar de tener teóricamente el poder.

c) Una tercera hipótesis es que, en ocasiones, este mal desempeño de la economía haya sido deliberadamente buscado. Mi interpretación es que en una época —de 1970 a 1973 fundamentalmente— éste fue el factor más importante del mal desempeño. La influencia del marxismo desde 1938 en adelante fue muy importante en la discusión de las políticas sociales. Es su postulado que "para destruir el capitalismo, envilece su moneda". Este envilecimiento podía ser hecho de muchas maneras, pero, sin duda, la más fácil es con un exceso de gasto que provoque una inflación altísima. Tiene, además, la ventaja de poder echar la culpa de ella al empedrado: comerciantes inescrupulosos, empresarios insensibles, grandes monopolios, atraso agrario, etc.

En tiempos de la Unidad Popular, gente inteligente y bien formada, militantes de los partidos de la extrema izquierda, decían, con todas sus letras, que lo hecho en esos años era deliberado para destruir los últimos vestigios de lo que ellos llamaban capitalismo, por la vía de envilecer su moneda y suprimir

el mercado. Además, tuvieron razones adicionales para ganar poder político en corto tiempo e hicieron políticas expansivas que estaban muy conscientes de los efectos de largo plazo que tendrían. El largo plazo les interesaba poco si no habían sido capaces de destruir el sistema.

Así, pues, frente al pobre desempeño de la economía chilena en el siglo XX habría tres grandes vertientes para explicarlo: ignorancia de la clase dirigente; un desajuste grave en la estructura social que impedía que las decisiones correctas se pudieran tomar, y, una tercera, que el pobre desempeño haya sido deliberadamente buscado para destruir un sistema, para partir de cero y construir una nueva sociedad. Esto último no sólo lo sostenía el Partido Comunista; en esa época la revista *Mensaje*, de los jesuitas, por el año 1963, publicó un número especial con una selección de artículos cuya tesis central era que este país debía partir de cero.

Los hechos

Veamos qué sucedió en la economía durante el siglo. En 1900 un dólar americano costaba \$ 4 (cuatro pesos); hoy día un dólar americano, que está muy depreciado respecto al de inicios de siglo, vale 400 millones de pesos. En 1959, al inicio del gobierno del Presidente Jorge Alessandri, se da una situación tal que en los libros no había espacio para escribir ciertas cifras financieras, los cajeros de los bancos se pasaban el día escribiendo números y éstos no cabían en los cheques. Se decidió cambiar mil pesos por un escudo. Diecisiete años después, bajo la presidencia del general Pinochet y siendo Ministro de Hacienda don Jorge Cauas, vuelve el problema: las máquinas computadoras esta vez ya no servían, ni los billetes, y se cambian mil escudos por un peso.

La historia de la inflación chilena es fantástica

Del año 1901 a 1928, el dólar sube de \$ 4 a \$ 8; de 1928 a 1940 los precios se duplican; de 1940 a 1945, en 5 años, los precios se duplican; de 1945 a 1948, en 3 años, los precios se duplican nuevamente. Ahí preocupa un poco el asunto y se frena el proceso. Entre 1948 y 1952, en 4 años, los precios se duplican; pero cada vez que se amortiguaba la inflación volvía con más ímpetu, porque de 1952 a 1954, los precios se duplican; y así entre 1954 y 1955, entre 1955 y de 1958 a 1962. Por último, en el año 1973, mal medidos, se multiplican por 5; en 1974 por 4 en un año; en 1975 por 4; en 1976 por 3; en 1977 comienza a bajar y se inicia una inflación como la acostumbrada en los

años sesenta. Chile es un caso de permanente inflación a partir de los años cuarenta.

Otros países la han tenido más reciente y de menor duración. El único país que durante prácticamente 50 años ha vivido con una inflación alta, de dos dígitos —con la excepción de 1960 y 1961, y del año 1981—, es el nuestro. Desde 1946 hasta ahora, sólo en tres oportunidades ha sido inferior al 10%. Este récord es muy malo.

Si se miran las fluctuaciones de la producción, se advertirá que ellas son terribles. Entre 1914 y 1915 baja la producción nacional en 14%; el año 1919 baja un 21%; en la gran crisis de los años treinta (1930-1932) baja en más del 50%; en 1947 baja el 6%; en 1975 el 13%; y en 1982-1983, lo hace un 15%. Han sido recesiones demasiado pronunciadas si se tiene en cuenta que en los Estados Unidos, por ejemplo, se define como recesión una situación en que el PGB no aumenta en dos semestres consecutivos.

Desde el punto de vista de la estabilidad, este país no tuvo un récord bueno; desde el punto de vista del crecimiento, tampoco.

En 1920 este país exportó casi 500 millones de dólares; y pudo llegar a esa cifra de nuevo sólo en 1955. O sea, 35 años después. En 1932 las exportaciones cayeron desde el orden de los 400 millones de dólares a sólo 59. Esto es como si hoy día el país bajara de poco más de 10 mil millones de dólares de exportaciones normales a 1.400 millones, lo que es equivalente a que desaparecieran el cobre, la fruta, todo el resto de la minería y toda la pesca. Ese fue el efecto de la crisis de los años treinta en Chile.

¿Cuál es entonces la hipótesis que prevalece?, ¿puede deberse a la ignorancia?, ¿puede deberse a un desajuste en la estructura social, económica y política del país?, ¿a gestiones deliberadas de gobierno? Todas o ninguna porque el problema es que esta economía ha entrado en crisis profundas sólo cuando el mundo, especialmente Estados Unidos, ha entrado en crisis no tan profundas. La economía chilena no ha tenido una evolución autónoma.

Analizando la última recesión (1982-1983), ésta se inicia con el problema de la deuda externa, generada a su vez por el alza del precio del petróleo y la consiguiente recesión en Estados Unidos. Este país incrementó así su deuda, repentinamente, en 12 mil millones de dólares. En la penúltima recesión, en 1975, la tasa de interés internacional se duplica, el precio del petróleo se multiplica por cinco en poco tiempo y el cobre bajó a menos de la mitad.

Sergio de la Cuadra, entre otros, ha estudiado todas las recesiones chilenas del siglo y afirma que sólo una podría ser autónoma, generada por un problema climático, en tiempos en que la agricultura era más importante.

Las fluctuaciones económicas pueden haber sido mal manejadas y, en tal caso, las vertientes de explicación para el mal desempeño económico

pueden ser aplicadas a un mal manejo. No puede atribuirse a los chilenos, sin embargo, haber ocasionado las crisis. Todas las grandes fueron importadas.

Para un correcto análisis hay que mirar, en consecuencia, tanto los hechos internacionales como las ideas en boga durante el siglo, porque son importantes para un país que no ha generado sus enfermedades ni ha sido inmune a las ideas que prevalecieron en el mundo durante el siglo.

Los hechos de influencia económica más importantes del siglo son:

1. La llamada Primera Guerra Mundial o la Guerra de 1914, en que prácticamente desaparece el comercio internacional; las economías exportadoras de maquinarias e insumos modernos se adaptan para enfrentar la guerra, por lo tanto, muchos productos que exportaban escasean. La energía también. Se genera así un impulso para que los países traten de autosustentarse. Ya no es fácil importar y los bienes necesarios hay que producirlos en el país a muy alto costo. El transporte y los puertos se tornan inseguros y el grado de cumplimiento de compromiso es precario.

2. Años más tarde, la crisis del 30 golpea muy fuerte. Los suicidios y las quiebras en los Estados Unidos y otros países ricos han llegado a ser legendarios. En Chile, la producción bajó a la mitad y las exportaciones a la séptima parte. Ello condicionó, también, una serie de políticas en el país, empujando de nuevo a más intervención y a menor apertura. No había con qué importar. Es difícil que un gobierno se quede con las manos amarradas cuando la mitad de la población sufre hambre o está desocupada; el impulso fue, pues, muy vigoroso para que los gobiernos de la época intervinieran y cerraran las fronteras.

Altas tarifas y cuantiosas compras estatales protegieron la incipiente industria nacional, lo que hoy consideramos malas prácticas desde el punto de vista de una buena política económica: el estatismo y el cierre del comercio fueron así fortalecidos.

La Segunda Guerra Mundial provocó nuevamente escasez, por ejemplo de combustibles. A los vehículos les ponían un artefacto a leña, aserrín o carbón para reemplazarlo, aunque estropeaban los motores. Aparecen entonces las proyecciones públicas en busca de petróleo. A su vez, como el petróleo y el gas escasean hay que construir las centrales hidroeléctricas, todo ello bajo la dirección del Estado.

Estos hechos provocan reacciones similares en todas partes, tal como mucho después las provocarían la caída del muro de Berlín y el fin de la revolución soviética.

Después de la Segunda Guerra Mundial nacen las estrategias para administrar la paz y superar la crisis económica. Se crea la necesidad de instituciones o plataformas de acuerdos.

Así nacen Naciones Unidas y otras instituciones relacionadas con ellas, como el Gatt, para tratar de aumentar el comercio, rebajando aranceles y eliminando otras trabas, pues todos los países del mundo habían sido víctimas del cierre del comercio. También el Fondo Monetario Internacional, que es muy importante hasta hoy día en su esfuerzo para que los países se mantengan abiertos al comercio, proveyéndolos de asistencia de corto plazo para enfrentar crisis de balanza de pagos sin recurrir a restricciones comerciales. Por último, el Banco Mundial, importante por la ayuda de largo aliento para resolver problemas estructurales de las economías. Todas esas instituciones son hijas de la Segunda Guerra Mundial.

Las ideas

Sin embargo, estos hechos fueron afectados también por grandes ideas. En Chile y otros países mucha gente pensaba que cerrar el comercio y estatizar la economía no era una desgracia, sino una muy buena cosa y se luchó aquí y en otras naciones por mantener y acrecentar tanto la protección como el control del gobierno sobre la economía.

La diferencia entre unos y otros provino de las ideas. Los efectos de las guerras y las crisis habían sido similares en todos ellos. Para algunos lo que había pasado era una desgracia y para otros era muy bueno que sucediera y había que profundizar el proceso. ¿A qué se debe esta diferente visión?

A mi juicio, Chile fue invadido durante el siglo por ideas sociales atribuidas a dos genios. Prácticamente no hubo posición económica que no estuviera referida a alguno de ellos: Marx, o el marxismo con todas sus manifestaciones; Keynes, o el keynesianismo con las suyas.

Karl Marx

Marx escribe su *Manifiesto comunista* en 1848, en compañía de su amigo Engels. Hacia fines del siglo XIX se publica *El capital* y comienza la influencia devastadora de este hombre que era, en su vida pública y privada, un anarquista. Un hombre en permanente conflicto con el mundo; radical en sus juicios. La sociedad sin clases, la igualdad completa y su teoría de la explotación de unos hombres por otros hombres ganan terreno no sólo en la Unión

Soviética con la revolución bolchevique de 1917. A la revolución le sigue una forma de hacer las cosas como Marx pretendía: la abolición de la propiedad privada, de todo tipo de manifestación espiritual trascendente y, en consecuencia, el manejo por parte del gobierno de toda la actividad económica.

El marxismo impregna el devenir político y el pensamiento en este país e influye decisivamente en todas las naciones del mundo. El marxismo se hace importante en los centros más influyentes de poder: las universidades, los sindicatos —mientras más fuerte es el sindicato, más fuerte es la influencia marxista en ellos—, en los propios partidos comunistas y socialistas, pero es en los partidos cercanos a ellos, partidos de centro o de izquierda, donde penetra con mayor fuerza. Chile está marcado por una influencia decisiva del marxismo en las decisiones de gobierno desde el año 1920 hasta 1973, excepcionalmente por una gestión directa.

Todos fuimos influidos en grado importante por esas ideas. Los partidos de centro fueron infiltrados tanto ideológica como políticamente; instituciones tan respetables como la Iglesia y las universidades también lo fueron.

¿Cuáles son los ejes del pensamiento marxista que marcaron a los economistas en Chile? El marxismo, aunque no lo diga explícitamente, tiene incorporado a Malthus en su análisis, aquel monje y matemático que sostuvo que la producción de alimentos aumentaría en progresión aritmética en tanto la población lo iba a hacer en forma geométrica. Si así fuera, presenciaríamos hambrunas generalizadas y guerras, pues las naciones poderosas buscarían nuevas tierras para alimentar a su gente. Por lo tanto, de no haber cambios radicales, éste sería un mundo de guerra y de hambre.

Cabe destacar también una influencia muy decisiva en Marx del pensamiento de David Ricardo, economista clásico discípulo de Adam Smith. La renta económica —aquella remuneración que se obtiene sin hacer nada—, generada en una oferta limitada de factores productivos, reconoce su paternidad en D. Ricardo. Este pronosticó que los terratenientes iban a aumentar cada vez más sus ingresos y su poder, debido a que el precio de los alimentos subiría cada vez más ante la escasez de nuevas tierras.

Corolario de los supuestos anteriores es la ley de bronce de los salarios. Si aumenta la población en progresión geométrica, la producción de alimentos en progresión aritmética y, además, hay latifundistas propietarios ganando rentas económicas crecientes, habrá un proletariado obteniendo sólo un salario de subsistencia que nunca sobrepasará a lo necesario para mantenerlo vivo. El día que haya una remuneración superior a ésa, aumentará la población y la fuerza de trabajo lo suficiente para que vuelva el salario a estar al nivel de subsistencia. O sea, el proletariado no tendrá posibilidad alguna de aumentar

sus ingresos por encima del nivel de subsistencia... a menos que no haya terratenientes.

Incidentalmente, sería bueno reflexionar acerca de estas oleadas de terrorismo intelectual que cada cierto tiempo azotan al mundo. El marxismo parece haber sido otra más, como algunas actuales manifestaciones ecologistas. Detrás de ellas siempre hay una subvalorización de la capacidad de reacción de los seres humanos.

Esos son, a nuestro juicio, los elementos centrales de la influencia marxista desde un punto de vista económico. Cambió el panorama, pues hoy la influencia de Marx es baja; lo que queda es de corte más bien romántico, no intelectual. Algunos rezagos quedan de su interpretación histórica, pero el marxismo como construcción para el futuro, como utopía, desapareció, fundamentalmente, porque sus supuestos no se dieron.

La población creció mucho menos de lo previsto; mientras más se desarrolla y se cultiva un país, más moderado es el crecimiento de su población y más envejece ésta. La producción de alimentos ha crecido espectacularmente, tanto que en muchos países hay que pagarles a los agricultores para que no cultiven; hay tierras "ociosas" por iniciativa de los gobiernos para no arruinar a quienes están produciendo más de lo que se "necesita". Los agricultores de los países desarrollados podrían alimentar a todo el mundo si les permitieran regalar alimentos a los países más pobres o si el comercio fuera más libre, cosa a la que se oponen las naciones más pobres porque protegen su propia agricultura. No sucedió, en definitiva, lo que Marx previó respecto de los alimentos. Desde hace mucho tiempo, las grandes fortunas ya no están en los campos y las que hay en éstos no corresponden a rentas económicas ricardianas. Tal vez el petróleo es el último y efímero ejemplo. Las grandes fortunas hoy día están en la innovación y la excelencia. La ley de bronce de los salarios, por otra parte, es desmentida por evidencias contundentes.

En consecuencia, antes de desplomarse en los hechos, el marxismo estaba desarmado en su concepción misma.

En el análisis marxista faltó incorporar el progreso tecnológico que los hombres supieron darse. Tal vez un análisis económico clásico lo hubiese previsto mejor. Estudios recientes muestran que el crecimiento económico chileno de los últimos diez años resulta explicado en aproximadamente un 40% por la incorporación de tecnología; el resto por la inversión y por el aumento del empleo, factores productivos tradicionales.

La historia económica chilena en el presente siglo debe incorporar la influencia decisiva del marxismo, desde 1910 hasta 1973. Algunos luchaban por la destrucción del capitalismo como un objetivo primordial; el estatismo y el cierre del comercio eran vehículos idóneos para destruir el capitalismo, primero, y construir la sociedad sin clases del socialismo, después.

A partir de 1930, en casi todos los gobiernos hubo una influencia importante del marxismo, sea a través de los partidos socialistas, del Partido Radical o del propio Partido Comunista, que fue gobierno en Chile en varias ocasiones durante este siglo, sea a través de instituciones de peso como las centrales sindicales, los gremios universitarios y de profesionales, los institutos científicos o culturales, etc.

Puede haber, entonces, una cuestión deliberada tendiente a destruir el capitalismo y construir el socialismo. Ello no significa que errores técnicos o de comprensión sobre el funcionamiento del mercado o fallas en la organización social no hayan tenido importancia o influencia para explicar el pobre desempeño de la economía chilena en el siglo XX.

John Maynard Keynes

Hay otro personaje en la historia que tuvo una influencia importante en Chile y en todo el mundo durante el siglo XX: Se trata de John Maynard Keynes, famosísimo economista, cuya preocupación por la crisis y el ciclo económico se encuentra reflejada en su frase "el largo plazo no interesa porque todos estaremos muertos". Fue un intelectual brillante: político, escritor, filósofo, músico y diplomático de la aristocracia inglesa. A muy temprana edad participó intensamente en debates políticos importantes derivados de la Primera Guerra Mundial. Su influencia perdura hasta después de la Segunda Guerra y es protagonista destacado en la configuración de los organismos internacionales mencionados anteriormente.

Keynes llena un siglo. Escribe cosas económicas tradicionales. Es un cerebro privilegiado que vive en plena actividad la crisis de 1930 y pone todo su empeño, como seguramente lo puso mucha gente en esa época, para explicar el porqué de la crisis. El año 1937 publica su famosa *Teoría general de la ocupación, el ingreso y el dinero*. Su influencia a partir de allí en las políticas económicas de muchos países es monumental.

Ella se refleja todavía en variados campos. Muchos de los instrumentos de política y de análisis económico que se usan actualmente reconocen su paternidad. El debate económico de hoy sobre el gasto público o la política monetaria tienen alta influencia de su parte. El instrumental utilizado por el Fondo Monetario Internacional para evaluar el comportamiento de los países se funda en los aportes de Lord Keynes.

Los conceptos de gasto agregado, demanda agregada, demanda de dinero y otros reconocen también su autoría. Su influencia en la educación económica sigue siendo hasta hoy muy importante.

Su tema fue la crisis y el análisis propio de la crisis, del ciclo y de las fluctuaciones económicas. El no fue un economista del desarrollo. Sus intérpretes en América Latina, sin embargo, trasladaron muchos de sus conceptos a la economía del desarrollo. Mucha de la poca digestión que se hizo del pensamiento keynesiano, a mi juicio, explica el sesgo inflacionario que tienen las economías de todos los países de América Latina y de este país en particular.

Keynes comienza a influir decisivamente a partir de los años cuarenta. Ministros de Hacienda de la época se manifestaron claramente en favor de una política fiscal de aumentar el gasto y el déficit público con el objeto de aumentar el ingreso y los empleos, etc. Algunos fueron más allá, pretendiendo que los instrumentos cíclicos manejados por Keynes eran útiles para el desarrollo.

Él fue el primer y más destacado economista del ciclo económico y, en particular, de la crisis.

Otro elemento de la influencia de Keynes en la economía chilena proviene de que, siendo un liberal clásico en todo el sentido de la palabra, desde el punto de vista político, filosófico y económico, legitima la intervención del gobierno en la economía y abre así una puerta para que, bien o mal intencionados, se hagan keynesianos todos aquellos que de alguna u otra manera quieren mucha más injerencia del gobierno en el manejo de la economía, desde los marxistas comunistas extremos hasta inocentes tecnócratas, que se ven empujados a tomar partido por una intervención gubernamental importante.

El sesgo inflacionista y cíclico que tiene la economía chilena, y que tuvo durante, prácticamente, todo el siglo, reconoce una paternidad ideológica fundamental en Keynes y en Marx, especialmente en sus continuadores, keynesianos y marxistas.

Los economistas chilenos, hasta hace muy poco tiempo, se dividían entre clásicos y keynesianos. Hoy está más claro que no hay tal antinomia entre clásicos y keynesianos, sino que sus aportes son estimados más bien complementarios.

Las nuevas ideas

El año 1973 fue para Chile —según se puede visualizar ahora— el fin de un proceso de decadencia en relación a otros países. En ese año llegaron a un extremo ciertos procesos como el cierre del comercio, la intervención estatal intensa en la organización económica, la decadencia de instituciones tan

importantes como la propiedad y la autoridad, etc.; todo ello fruto de hechos e ideas que marcaron el desarrollo de Chile y de otros países durante casi todo el siglo.

En septiembre de 1973 la situación económica chilena era caótica. Inflación mal medida de 500% al año; caída vertical en el ingreso y las remuneraciones reales; inexistencia de mercados lícitos y florecimiento, en consecuencia, de los mercados negros; corrupción generalizada; propiedad estatal de alrededor de 600 empresas industriales y comerciales y de más del 50% del potencial agrícola del país, etc. Pocas veces se ha dado un consenso en Chile tan amplio como el que hubo en esa época en tomo al estado calamitoso de la economía.

Por otra parte, desde mediados de los años cincuenta, comenzó a producirse en Chile una reacción frente al manejo económico tradicional del país. Antes de eso —como hemos visto—, el marxismo y el keynesianismo mal digerido dominaban la escena y ejercían su influencia en instituciones como la Comisión Económica para la América Latina (Cepal), la Universidad de Chile, la prensa especializada y no especializada como *Panorama Económico*, *La Última Hora*, y otros.

La manifestación más sobresaliente de esta renovación fue la relación que se creó entre la Universidad Católica de Chile y la Universidad de Chicago con apoyo del AID (Agencia de Corporación y Ayuda del Gobierno de los Estados Unidos). Sin perjuicio de ello, se venía generando ya una reacción en la Universidad de Chile, lugar al que habían llegado economistas modernos, incluso a cargos directivos.

En la Universidad Católica de la época, la enseñanza de la economía no existía. Lo que había era una menos que regular Escuela de Administración para los estándares latinoamericanos. Entre la Universidad de Chicago, reputada como excelente para los estándares mundiales y conservadora desde el punto de vista de su ortodoxia clásica, y la Escuela de Administración de la Universidad Católica de Chile se estableció un convenio básico para que los mejores estudiantes de la segunda fueran a hacer estudios avanzados a la primera y, al mismo tiempo, para que profesores norteamericanos se radicaran en Chile con el objeto de hacer investigación y estudios y formar el Centro de Investigaciones Económicas —que existe hasta hoy—, con la ayuda de estudiantes, mientras retomasen del extranjero los mejores alumnos, ojalá con un grado académico, para dedicarse por tiempo completo a la investigación y enseñanza de la economía.

Una dura batalla se establece desde el inicio entre los "modernos" y "lo establecido", por llamarlos así. Famosas fueron las polémicas entre Sergio de Castro y Simón Rottenberg con economistas de *Panorama Económico* y pe-

riodistas del diario *La Última Hora* sobre la apertura económica. También aquella de Ernesto Fontaine con los directivos de Corfo y Iansa en torno a la conveniencia de desarrollar más allá de cierto límite el azúcar de remolacha.

También fueron grandes las polémicas entre los economistas y otros dentistas sociales católicos en el seno de la Universidad Católica. El sociólogo Roger Veckemans lideraba con mucha inteligencia el grupo contra el "materialismo" de los nuevos economistas.

La renovación económica hizo posible que varias generaciones de egresados, de mucho mejor formación que los anteriores, se incorporaran a la docencia, la investigación y el mundo del trabajo en general. Al mismo tiempo, otras universidades y otras escuelas se veían influidas por ideas renovadoras, con su misma gente. Cabe mencionar entre ellas: la Escuela de Negocios de Valparaíso, adscrita a la Universidad Católica de esa ciudad; la Escuela de Economía de la Universidad de Chile; la Escuela de Ingeniería de la misma universidad; Economía de la Universidad de Concepción y las Escuelas de Agronomía e Ingeniería de la Universidad Católica de Chile.

Hacia 1973 había tal vez centenares de profesionales que pensaban diferente a lo establecido, graduados en el extranjero, principalmente en EE.UU. y que, en términos generales, y en forma tal vez algo despectiva y tratando de descalificarlos, eran llamados "Chicago boys".

A mediados de los años sesenta, algunos nuevos economistas escriben en la prensa seria, especialmente en *El Mercurio*, artículos y opiniones que van teniendo influencia creciente. Más tarde, y hasta hoy, se mantiene esta vía de extensión del pensamiento en medios como *Portada*, *Qué Pasa*, *La Tercera*, *Estrategia*, *El Diario*, etc., y en instituciones como el Centro de Estudios Públicos, Instituto Libertad, Instituto Libertad y Desarrollo, universidades, etc.

Esta nueva economía para Chile llega también a los medios intelectuales y, especialmente, empresariales, a través de cursos y seminarios que permiten contactar a los nuevos economistas con la dirigencia empresarial. Se crea así un vínculo muy fuerte, no exento de serios desencuentros.

En escasas ocasiones algunas áreas del pensamiento habían logrado en Chile dar un salto tan grande y en tan poco tiempo en la búsqueda de la modernidad. Tal vez un centenar de jóvenes inteligentes, con sólo nociones de teoría económica moderna, se vieron repentinamente sentados en la clase frente a varios Premios Nobel. Cito varios de los últimos: Theodor Schult, Milton Friedman, George Stigler, Gary Becker, Paul Samuelson, Kenneth Arrow, etc. Algunos de los primeros: Sergio de Castro, Ernesto Fontaine, Rolf Lüders, Jorge Cauas, Carlos Massad, Hernán Büchi, Alejandro Foxley, Andrés Bianchi, Carlos Cáceres, etc.

La influencia arrolladora de las nuevas ideas se puede apreciar en la importancia que han tenido ya estos pocos nombres. En algo así como treinta años se cambiaron las ideas en Chile. Tal vez este hecho sea el más importante para mostrar la fuerza de las ideas y nos ayude a comprender lo que pesó el marxismo y el keynesianismo más temprano en el siglo.

¿Cuáles son esas ideas centrales? Sólo enunciaremos las principales.

1. La relevancia del capital humano en el desarrollo y su creciente importancia relativa frente a otras formas de capital.
2. Las dificultades que tiene la autoridad para reemplazar con ventajas las decisiones libres de las personas que se manifiestan en lo que comúnmente denominamos mercado.
3. El uso eficiente de los recursos es tanto o más importante para el desarrollo que la acumulación de los mismos.
4. La factibilidad y conveniencia de aplicar criterios económicos en vastos sectores que normalmente estuvieron algo ajenos a ellos, como educación, salud y previsión, trabajo, defensa, etc.
5. La importancia de la estabilidad y de las reglas de las variables económicas —la disminución de la incertidumbre— para el desarrollo.
6. La necesidad de aprovechar las ventajas del comercio internacional utilizando las ventajas comparativas del país.
7. La factibilidad y eficacia, para atacar la pobreza extrema, de las vías directas bien focalizadas —educación prebásica, desayunos y almuerzos escolares, nutrición infantil, etc.— en lugar de recurrir a las distorsiones en los mercados.
8. La importancia de la competencia como vehículo de progreso en contraste con la vía directa del Estado o el control.
9. La eficiencia y concentración del Estado en sus funciones propias —defensa, policía, justicia, alguna infraestructura— y el abandono de otras ajenas a su naturaleza. Lo que se denomina el papel subsidiario del Estado.

La situación económica desastrosa del país junto a otros muchos antecedentes hicieron que una mayoría parlamentaria, la unanimidad de la Corte Suprema de Justicia, la Contraloría General de la República y una vasta mayoría ciudadana aceptaran, pidieran o suplicaran la intervención de las Fuerzas Armadas. Ello sucedió el 11 de septiembre de 1973.

El pronunciamiento militar o bien una solución radicalmente diferente a la tradicional se veía venir, sin embargo, desde mediados de 1972. En esa época un grupo de economistas, académicos los más, independientes los más,

se dedicaron a la tarea de preparar un plan de Gobierno* que estuvo listo en agosto de 1973.

Este estudio reflejaba con detalle, en un programa, las nuevas ideas en vastos sectores de la economía. La mayor parte de las iniciativas allí contempladas fueron realizadas por el gobierno militar. En otros campos, dada la maduración de las ideas y la evolución de ellas en el mundo, se fue aún más lejos.

El gobierno militar optó por ese plan frente a otras alternativas por varias razones: los miembros de la Junta de Gobierno estaban convencidos de que la terapia de la economía chilena era de corte mayor; el apoyo de la opinión pública a su gestión así lo permitía y lo fue permitiendo en los períodos 1975-1981 y 1984-1989; la formación y experiencia de los oficiales generales, miembros de la Junta, especialmente del general Pinochet y del almirante Merino, los inclinaban hacia el ejercicio en la libertad individual y la empresa privada; por último, no había alternativa seria con gente suficiente dispuesta a realizarla.

Las reformas del período 1975-1981 y 1984-1989 han permitido que Chile entere 10 años de crecimiento sostenido, de gobiernos estables y se mire el futuro con optimismo.

Tal vez la historia completa nos permita decir que Chile comenzó el siglo XX y lo terminó en buena forma. En el medio, 1925-1975, desde el punto de vista económico, perdió el tiempo. □

* Este fue publicado en 1992 por el Centro de Estudios Públicos (CEP), con el nombre de *El Ladrillo*.